

quieres, temo decírtela porque no vayas á querer experimentarla por tí misma. ¡Ay, papá! pues si es seguro ¿qué riesgo hay en que se experimente? En que se experimente no hay riesgo; en que no se salga bien en la prueba está el riesgo.—¿Tan contingente es la victoria?—Sí, tan contingente; y mas hecha por una jóven inexperta, y acaso ciega con la pasion del amor.—¿Pero las pasiones no se pueden sujetar á la razon? . . . Sí, pero no siempre, y mucho ménos cuando no tenemos testigos de nuestras habilidades.—Segun eso, la prueba de que V. me habla se debe hacer á solas con los hombres para calificar su honradez?—Que se debe, no diré; pero sí, que la soledad la facilita sin equivocacion.—Ya me desespero por saber qué prueba es esa tan arriesgada por una parte, y por otra tan segura.—Y yo ya conozco lo que ha excitado tu curiosidad. Voy á satisfacértela. Has de saber . . . Señores, corran sus mercedes, que se ha caido de la escalera la Señora Beata, y se ha medio matado. El furioso grito que dió la criada cuando entró con esta noticia, deshizo la conversacion. Todos nos levantamos apresurados, especialmente D.^a Matilde, que habia

estado en ella como de palo, gustando de la instruccion de su marido; pero como cualquier desgracia nos sorprende, y mas cuando recae en nuestros deudos ó amigos, no fué mucho que esta fuese la primera en levantarse y salir corriendo á favorecer á su tia.

Tan presto lo hizo, que cuando nosotros llegamos á la escalera, ya habia levantado á la dolorida beata, y la subia apoyada en su brazo.

No fué cosa de cuidado el golpe, pues solo se lastimó ligeramente una rodilla.

Luego que entró á la sala, se sentó, se le dió una poca de agua fria por el susto, y unos bizcochitos con un traguito de vino por la debilidad, con cuyos auxilios se restableció la enferma en un instante, y se volvió risa la memoria de la caida.

Así que estuvo confortada y del todo serena, le dijo D.^a Matilde: Pero tia, qué negocio trajo á V. hoy á casa, que venia ó tan distraida ó tan de priesa que se cayó de la escalera?—¡Ay mi alma! un asunto de suma importancia, cual es avisarles los grandes cuidados de Eufrosina y de Pomposa, que como ustedes no han parecido por allá desde el dia de los honras de Pa-

mela, no han sabido nada.—¿Pues qué ha sucedido, tia?—¿Qué ha de suceder, sino que desde la noche de las honras espantan en la casa! Si la perrita hubiera sido gente, yo dijera que andaba en penas; pero no lo puedo decir, porque al fin Pamela no era gente ni lo soñó en su vida, aunque no le faltaba mas que hablar.—Pero, señora, qué clase de espantos son esos?—Terribles, D. Rodrigo, sí, terribles. Sobre que han andado buscando casa todos estos dias, y dice Eufrosina que de hoy á mañana se muda, mas que sea á una accesoria ó á una casa de vecindad.—¿Tan grandes son los espantos?—Sí, señor: le parece á V. poco que en la noche de las honras viera Pomposita al diablo?—¿Al diablo!—Sí, señor, al diablo, al mismito diablo vió la pobre muchacha.—¿Y qué señas dice que tenia?—¿Cómo qué señas? ¿Tenia su cara muy fea, sus cuernos, su cola y sus zancas largas.—¿Y en dónde lo vió?—¿Cómo en dónde? en su recámara, como á las dos horas de haberse acostado.—Pero díganos, V., D.^a María, ¿qué, bebió mas vino despues que nos despedimos?—¿Qué vino habia de beber? Ni lo volvió á probar.—¿Y en qué paró el espanto? ¿cómo se deshizo

la vision?—Porque á los gritos de ella despertaron todos y se levantaron para acompañarla.—¿Válgate Dios por espantos! ¿Y lo ha vuelto á ver otra noche?—Sí, señor: á la segunda noche lo volvió á ver mas grande y mas feo que la primera. A sus gritos y los de la criada que la acompañaba, entraron mi sobrina y su marido en su recámara, y se desapareció el enemigo. A la tercera noche ya no tuvo valor Pomposita para dormir allí.—Con razon, dijo D.^a Matilde: yo tampoco hubiera dormido; ¿pero que hizo?—Se fué á dormir á la asistencia, y allí tambien la persigue el maldito.—¿Es posible?—Como te lo digo, niña. A las doce de la noche le empezaron á tocar la pared de la cabecera, y no decir que sea S. Pascual Bailon que le avisa que está cercana su muerte, porque ella jamas ha querido ser su devota por no oír esos toquidos; y así ¿quién puede ser sino el duende que ha cogido á cargo á la infeliz muchacha?

Así es, dijo el coronel, el diablo son los duendes. ¡Pobre de mi sobrina!—Vea V. si tienen razon de quererse mudar.—Ya se vé que la tiene, y sobrada. Está de ver al diablo en cuerpo y alma, y oír golpes en la

cabecera, no es cosa de juguete.—¿Y qué dice Pomposita de esas cosas, y su madre también?—¿Qué han de decir, sino que son avisos del cielo! y ya las dos han resuelto mudar de vida.—Eso siempre es muy bueno; pero si el diablo hubiera sabido lo que habia de suceder, no se mete en espantarlas, porque no le tiene cuenta que se convierta ninguna alma; mas al pobre no le dió esto por las narices, y se ha llevado un buen chasco.

Noramala para él, decia la beata: yo me alegro de que se haya pegado esa burla.—Cuénteme V. tia, prosiguió Pudenciana, ¿y qué cosas ha hecho mi prima al principio de su conversion? Pues, lo pregunto para cuando yo me convierta.—Qué ha de hacer, niña: las dos se han ido á confesar, y ya Eufrosina no quiere tertulias: ya despidieron al maestro de baile: Pomposita ha tirado todas las esencias de olor, y ha guardado sus peinetas y alambres con que se componia la cabeza.—¿Ay tia! no me lo diga V. ¿á tanto ha llegado?—Sí, mi alma: si tú la vieras, no la conocerias, porque está tu prima de lo vivo á lo pintado. Ha compuesto sus túnicos, ha comprado zapatos negros y todo el dia está suspirando,

mirando un Santo Cristo y leyendo la vida devota de S. Francisco de Sales, y hoy me ha pedido que busque la vida de Santa Rosalia; y segun yo barrunto, puede esto venir á parar en que sea monja teresa. En fin, desde la noche de los espantos una Pomposa llevaron y otra trajeron; pero aunque ya no la espantan, ella no entrara á aquellas piezas, si la mataran, y no dejan de buscar la casa.

Muy bien hecho, decia D. Rodrigo; pero si V. vuelve hoy á verlas, digale á mi hermana y D. Dionisio que digo yo, que no se aceleren demasiado por mudarse; que á la noche iré allá con mi muger y Pudenciana; que me pongan la cama en el mismo lugar donde estaba la de Pomposita. . . .—¿Ay, señor D. Rodrigo! ¿y para qué quiere V. hacer eso?—Para ver al diablo, porque no he visto uno en mi vida, sino pintados; y pues en casa de mi hermana se deja ver tan á lo vivo, no es de perder semejante espectáculo.—¿Por cierto que quiere V. ir á bonita comedia!—¿Le parece á V. que será poca diversion ver una cosa invisible?—V. creo que no lo crée, señor coronel.—Cómo no, lo creo tanto como creer que hay hechizos, bru-

jas, vistas que hacen daño, muertos que se aparecen, fantasmas, dinero enterrado que avisa de noche donde está con su luz opaca y lisonjera, y otras cosillas de este mismo tejido.—Pues qué ¿dirá V. que no hay nada de eso?—Sí, lo mismo que el diablo que se le apareció á mi sobrina.

Pues ya se vé que sí, decia la beata; y si estas cosas no fueran verdad, no se leyeran en los libros impresos con letras de molde y con las licencias necesarias, ni se oyeran asegurar por personas muy sabias y muy cristianas.—¡Ah, señora! si se quemaran todos los malos libros, y si enmudecieran todas las lenguas ignorantes acreditadas de sabias entre los muchachos, ¿cuántos errores se cortarían de raíz!

La multitud de milagros y espantos apócrifos que se hallan esparcidos en los libros, y defendidos como verdades inconcusas por personas que parecen sabias, son los que han abierto la puerta á infinitos errores, abusos, vana confianza, fanatismo y supersticiones, en que el vulgo de todas clases se halla empapado, no solo en nuestro reino, sino en todo el mundo; pues en todas partes cuecen habas.

Lo mas sensible es que los que con una

piEDAD falsa han querido hacer valer la religion con estas patrañas, no han conseguido otra cosa que hacerla terrible para los propios, y ridícula para los extraños.

Nuestra religion con la santidad de su instituto, con la solidez de sus pruebas, con la excelencia de su dogma y justificada moral, brilla sin necesidad de falsos espejuelos ni oropeles.

El Ser Supremo para hacerse temer de los malvados, no necesita del demonio, ni de hacer titeres espantosos, dando á cada instante cuerpos áereos á los espíritus infernales; ni para hacerse amar y prodigar-nos sus beneficios, está todos los días invirtiendo el órden que prescribió á la naturaleza. El creer lo primero, es figurarnos una Deidad mezquina; y el esperar y pedir lo segundo, es tentar á Dios, esto es, querer hacer prueba de su poder, lo cual es un insulto sacrílego á su omnipotencia.

Pues V. dirá lo que quiera, decia la beata; pero de que hay espantos, los hay. En vida de la señora mi madre, que era yo muchacha, habia en Méjico un hervidero de duendes y fantasmas, que no era dable, y yo me acuerdo que recién muerta su merced, la ví dos noches palpablemente al

entrar en la recámara donde murió, y una vez oí que me llamó y me dijo muy claro: María, María. Pues esto á mí me pasó, no me lo contaron, y la ví con estos ojos que se han de comer la tierra. Lo mismo digo de los milagros que cada día se ven á millares. ¿No vé V. cuantas muletas y piescitos de plata y de cera estan en los altares de algunos santos? ¿Quiere V. mas prueba? Y por fin, ¿no se acuerda V. del milagro tan patente que pasó habrá doce ó trece años con Pomposita cuando se cayó del balcon, y no recibió el mas mínimo daño sino el susto? Pues esto no lo puede V. negar, porque lo vió con sus mismo ojos.

Es verdad, contestó el coronel, yo lo ví, ó si no lo ví me lo contaron; pero fué cierto que la niña cayó del balcon y quedó ile-
sa; pero eso fué casualidad, no milagro: milagro hubiera sido que se le hubiera hecho pedazos el casco en la lana; pero que no se matara una criatura de tan poco peso, al caer de un balcon no muy alto sobre un monton de lana blanda y esponjada, no puede ser milagro, mas que así le llame V. desde ahora hasta el fin de sus dias. Fué casualidad que hallara prevenido en el suelo tan buen colchon, y cayen-

do en él, fué cosa muy natural que no se matara ni se rompiera la cabeza. Ahí me las den todas.

—¿Conque no fué milagro?—No, señora, no fué milagro.—Pues sí, señor, fué milagro, y muy milagro, que lo hizo nuestra Señora de la Soledad de Santa Cruz, Señor San Agustin, y mi madre Santa Rosa de Lima, á quienes yo invoqué, aunque tan mala y pecadora.—La creencia de V. es piadosa, pero el hecho no fué cierto, porque ni esos santos hicieron tal milagro, ni pudieran hacerlo—¿Ay Jesus! ¿qué es lo V. dice? No pudieran esos santos hacer ese milagro?

No, señora, ni otro ninguno.—¿Ay, qué es lo que oigo! ¿Ni la Santísima Virgen que está en el cielo puede hacer un milagro?—No, ni la misma Emperatris Sagrada.—¿Has oido, Maltilde, que heregía tan grande ha dicho tu marido? ¿Jesus sea aquí, Ave María Purísima!....—No se espante V. tia, que no ha dicho Linarte ninguna blasfemia.—Ya se vé que no. Mi papá es muy cristiano, añadió Pudenciana; y la venerable beata, llena del espanto mas pánico ó infundado, preguntaba: ¿Pues qué tambien ustedes son de su opinion? ¿tam-

bien ustedes aseguran que ni los santos ni la Virgen María hacen milagros? —De fuerza lo hemos de asegurar así, cuando nos lo enseña la Iglesia.—¡La Iglesia! ¡Qué testimonio!—Alabado sea el Santísimo Sacramento del altar. Ya todos los de esta casa son herèges. Es menester delatarlos. Ellos son mis parientes, pero no tiene remedio: de aquí derecho á la Inquisicion. Sí, sí, que los quemen: primero es el alma.

No se dé V. tanta priesa, señora, decia el coronel con mucha paz: no vaya V á incomodar con esos chismes á los inquisidores, porque le dirán que es una tonta, y que no sabe los principios de su religion. Aprenda V. primero, y luego nos irá á acusar al tribunal que quiera.—Yo no contesto con descomulgados, y esa descomunion es de participantes: sí, de participantes, y yo no me quiero salar. Me tapo las orejas, y me voy de esta casa condenada. No en valde me caí de la escalera al entrar; pero ahora lo verán, herejotes, se han de acordar de mí....

Diciendo estas y otras simplezas, se salió de la sala la buena vieja. Matilde y Pu-denciana muy apuradas querian detenerla,

y la primera decia á su marido: Déjame ir á detener á mi tia, no vaya hacer una tontera. Es verdad que no le harán aprecio; pero en quita, pon y desembaraza, se nos puede seguir algun extravio, y cuando no sea otro que las hablillas de los que ignoran la realidad del caso, son de temer, y se deben evitar.—Déjala que vaya con Dios: no hagas aprecio de eso, ni tengas cuidado. ¿Acaso los jueces son ignorantes ni pueden proceder con tropelia? Ellos en la delacion conocerán la ignorancia de la madre beata, y cuando les quede alguna duda, luego que me oigan se satisfarán de la pureza de mi proposicion.—Es verdad, pero ¿qué gana tienes de esas contestaciones? ¿Ya lo ves? delante de los muy ignorantes y virtuosos fanáticos no se puede hablar nada, porque todo lo entienden mal y lo interpretan peor.

Mientras que el coronel y D.^a Matilde hablaban estas cosas, se marchó la necia beata, y nosotros no dejamos de quedar con algun cuidado, que no se nos quitó hasta la tarde, como verá el lector en el capítulo que sigue.
